

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1.50 ptas.—Tres meses, 4.50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—Número suelto, 0.05 cts.—La subscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre

FERROCARRIL de Murcia à Granada

No es esta la primera vez que vamos á ocuparnos del importante asunto que encabeza estas líneas. La necesidad cada día más sentida de que se activen las gestiones que desde hace tiempo se vienen practicando por entidades, corporaciones y personas de esta provincia y extranjerías hasta conseguir la tan deseada comunicación directa con Granada partiendo de la capital de nuestra provincia, ha llegado ya á interesar á la opinión no sólo en las poblaciones más directamente interesadas, si que también hasta en la prensa extranjera.

Los abusos del tranvía

Nuevamente tenemos que dar cuenta á nuestros lectores de otro atropello que ayer tuvo lugar en la calle Honda por uno de los coches de tranvía eléctrico que hace el servicio al barrio de Santa Lucía.

El citado coche, con la velocidad á que acostumbramos pasar por las calles de la población, arrolló á un carro de transportes en la citada calle.

El conductor del carro, José Vivanco, sufrió varias contusiones, como igualmente otro individuo llamado José Escarvajal que iba en dicho carruaje, resultando éste completamente destruido y la caballería con una herida.

El coche eléctrico no sufrió desperfecto alguno.

Necesario es que la autoridad se vera á intrínsecamente en otros asuntos, tales como la empresa del tranvía que al parecer no respeta las disposiciones de la Alcaldía, pues no hace mucho tiempo se dieron oportunas órdenes para que los carruajes modelasen la marcha en las calles de la ciudad y hasta la fecha no ha cumplido dicha disposición, resultando el diario los atropellos y lo que es más lamentable, las desgracias personales que ocasionan dichos coches.

Servicios municipales

Está suficientemente probado y no hay para que insistir sobre ello, que no tenemos unas ordenanzas municipales para nuestro uso particular, y que el bando de buen gobierno sustituye la falta de aquéllas en algunos casos, pero esto no empece para que se noten varias deficiencias é irregularidades en los servicios que dependen del municipio.

Los buenos deseos de los Alcaldes, se estrellan muchas veces ante la resistencia del público, rebelde siempre á toda modificación aunque ésta sea beneficiosa á to-

das luces y esa resistencia tiene también su complicidad en la indiferencia ó apatía de los agentes subalternos de la autoridad que no se toman la molestia de hacer cumplir con todo rigor, las órdenes y disposiciones de la Alcaldía.

He aquí un ejemplo: No hace mucho tiempo, el Alcalde accidental Sr. Más Gilabert, ordenó que los carros que sirven para recoger las basuras de la población y conducirlas á sitio donde no sean molestas ni perjudiciales, entren y salgan á horas determinadas llevando su correspondiente cubierta y una campanilla para avisar la presencia del mismo; dispuso también, que después de las diez de la mañana, no quede dentro de la ciudad ninguno de esos carros y que no se permita depositar en las calles montones de basura; pues todas estas órdenes se cumplieron los primeros días, pero después volvieron las cosas á su primitivo ser y estado y no es raro ver durante las primeras horas de la tarde carros de basura circular libremente por los sitios más céntricos, ofendiendo la vista y el olfato.

Se dispuso también, que esas manadas de cabras que diariamente son conducidas á Cartagena, para expender la leche á domicilio, no obstruyeran las aceras interrumpiendo el paso á los transeuntes y sin embargo, á todas horas del día, nos vemos obligados á caminar por el centro del arroyo por que las aceras se encuentran completamente invadidas por enormes rebañes.

¿De qué sirve, nos preguntamos nosotros—que se dicten órdenes, sino han de cumplirse?

Con un poco de celo y buena voluntad por parte de los encargados de hacer cumplir las órdenes de la Alcaldía, quedarían perfectamente subsanadas estas deficiencias, que aun siendo de poca monta, no deben existir en poblaciones tan cultas y adelantadas como la nuestra.

Notas Alegres

Actualidades

También parece que el nuevo mes que hoy ha comenzado á gobernarnos

viene tan variado é informal como su antecesor.

Hoy ha amanecido con un cielo gris por algunas partes y de color de sopa en vino por otras, es decir, que en vez de presentarse la bóveda celeste con el azul diáfano propio del presente mes se presenta anublado y descompuesto como en los días de invierno.

No hay que darle vueltas, por el mundo sideral existe algún trastorno.

Estamos en plena época de la fiesta nacional y como hay tanta pléthora de gente de coleta, los novilleros abundan por todas partes y rara es la vez que no leamos en los periódicos que algunos de esos astros coquetados no salen de la plaza por medio de la aviación y con media docena de costillas fracturadas.

Yo quisiera tener una entrevista con esos «artistas» que cruzan el espacio, merced al empuje de los astados, para que me dijeran qué es lo que les pasa cuando «vuelan» como los murciélagos y qué efecto les hace ver la plaza á vista de pájaro.

Antiguamente había una poca de más consideración por parte de los vendedores ambulantes.

Hasta determinada hora de la mañana no se oían esas extensas voces, que hieren los tímpanos de transeuntes y no transeuntes, pero ahora desde que amanece, no se escuchan más que gritos que hacen el mismo efecto que una detonación.

Señores del caramel de á palmo, de las calabazas tiernas, de un petate gordo un cuarto de kilo de bajocas, del moderno París, y de otras cosas por el estilo, no pregonan vuestras mercancías tan de mañana, que con vuestras destempladas voces molestáis, pero molestáis mucho.

Si así lo hacéis, os quedaremos agradecidos, y si no que el señor Alcalde os obligue á hacerlo

Regalos de boda

No ya por la costumbre establecida de publicar los regalos de algunas bodas, sino principalmente porque ellos demuestran las simpatías y el cariño que merecen los novios, hemos solicitado la lista de los recibidos hasta ahora por nuestro amigo Simón Benítez y su bellissima esposa Isabelita Mínguez y la damos á nuestros lectores en la seguridad de que la leerán con gusto.

Las familias de los señores Mínguez y Benítez tienen en Cartagena muchísimos amigos y las simpatías y el cariño de todos. En la unión bendita de sus hijos, donde el amor, la juventud y la hermosura han formado hermoso lazo no podía faltarles la prueba de aquel cariño y de aquellas simpatías. He aquí la lista de regalos:

De los padres del novio á la novia

Un aderezo de cañavillas y brillantes.—Tres abanicos antiguos.—Dos rosarios de nácar y oro.—Dos cruces antiguas de nácar, con reliquias de Jerusalén.—Una mantilla antigua, negra, con cascó bordado.—Una mantilla blanca.—Un corte de traje de terciopelo.—Una sombrilla blanca de seda.—Un abanico antiguo.—Un traje para visitas.—Un sombrero.—Un pañuelo encaje de Bruselas.

De la novia á la novia

Un aderezo de záfiro y brillantes.—Una sortija de rubies y brillantes.—Una puzera de záfiro y brillantes.—El traje de novia, blanco, bordado en plata.—Un cuerpo escotado para baile, bordado en oro.—Un traje para viaje, de chantif de seda.—Un sombrero.

De los padres de la novia al novio

Una botanadura de záfiro y brillantes.

De los padres de la novia á su hija

Pendientes de brillantes.—Un pendiente de brillantes.—Un collar de perlas y pasadros de brillantes.—Collar de un hilo de perlas, Cadenas de platino con pendiente de perlas y brillantes.—Pendientes de perlas.—Otros pendientes de brillantes.—Un abanico antiguo de marfil.—Un juego para café de plata.

De la novia al novio

Una sortija con un brillante.

De las hermanas de la novia

Una sortija con brillantes y perlas.

De los hermanos de la novia

Una sortija de brillantes y záfiro.

De los Sres. Angosto, hermanos de la novia

Una cadena de oro para reloj

Otros regalos

Don Luciano Zaplana, un juego para café.—D. Vicente Castañeda, dos violeteros.—Sra. de Castañeda, encaje para edredón.—Benita Azcarate, un pisa papeles.—D. Luis Ortiz, un aparato para luz.—D. Luis Santhal y Sra., una bandeja de plata.—Las criadas de la casa, un apretón.—D. José Arancibia, espejo de tocador.—Luis y Pilar, violeteros.—D. Juan Arancibia y señora, un estuche con escribanía, una pataca y una forrera.—D. Bruno de Sarrazabal y Sra., Portaretrato.—D. Luis Angosto y señora, tapete de terciopelo.—Doña Ja-

quina Mínguez, cien pesetas.—Don Isidoro Mínguez, docientas cincuenta pesetas.—Doña Manuela Jorquera, docientas cincuenta pesetas.—Don Antonio Oliver, un aparato para luz.—Doña Vicenta Verdú, un juego de café.—Don Mariano Mínguez, dos pesetas.—Don Francisco Mínguez y señora, lámpara para gabinete.—Sus primos Carmelo y Simón, estuche con cubiertos de plata.—María Guillén, media docena cucharillas.—Cóncha Martín, Zinteré y bandeja de plata.—Don Miguel Escobar, una mata.—Miguel Escobar (hijo), estuche de aseo.—Don José Hernández, otro estuche de aseo.—La Sociedad «Progresiva», Botonadura de brillantes y rubies.—Hermanos Aznar, una escribanía.—E. Mínguez y señora, un centro de mesa.—Don Alfonso Cervantes, lámpara para sala.—Don Pedro Ruiz, lámpara para comedor.—Don Emilio Hernández y señora, dos figuras.—Sus tíos Antonio y Dolores, docientas cincuenta pesetas.—Doña Eulira Guerrero, aparato luz.—Sres. Marqués de Villalva, un estuche con juego de plata para café.—Doña Carmen Aljajane, un galitero.—Don Carlos Clementson y señora, un centro.—Don Luis Angosto y señora, violeteros.—Doña Carmen Pueyo, pila para agua bendita.—Don José Cisneros y señora, un jarro y bandeja.—Doña Bibiana Calderón, un abanico.—Don Pablo Campoy, estuche con cubiertos.—Don José María Piñola, estuche con cubiertos.—Don Andrés García Alarcón, estuche con trinchante.—Don Juan Ferrer, estuche con cuchillos y tenedores.—Señorita Paca Piñola, estuche con cucharas.—Don Juan Spottorno, dos figuras.—Don José Smita Ana, batería de cocina.—Don Andrés Ferrer y señora, bandeja de plata.—Don Julio Soler, reloj para comedor.—Doña Pedro Soler, Morroco.—Don José Lizana y señora, dos jarras de plata.—Don Ramón Martínez, dos jarros de plata.—Don J. S. Doménech, violeteros de plata.—Don Rafael Sierra, violeteros.—Don Antonio García Aliz y señora, un abanico.—Señorita Rosario García Aliz, sombrilla.—Don Federico Pínto y señora, porta retratos.—Don Luis Pínto, bandeja de plata para chif.—Don José Mínguez y señora, lámpara para luz.

Su tia Isabel, una colcha y un abanico.—Su prima Teresa, una bolsa para camisa y un pañuelo encaje.—Consejer Bisco España, una pecera.—Don Carmelo Azola y señora, estuche con trinchante.—Don José María Romero, vesita para comedor.—Doña María Jorquera, violeteros.—Don Pedro Acuña, estuche con cubiertos.—Don Antonio Ramos y señora, cesta para pan.—Don José Ramos y señora, cesta para galletas.—Doña Federicó Piñto y señora, una puzera.—Don José Igual y señora, lámpara.—Su tío José Manuel, mil pesetas.—Don Antonio Ferrer, una botella para mesa de noche.—Don Ramón Navia y señora, figura para tocador.—Doña Paz Gilón, bandeja de plata.—Don Manuel Aguirre y señora, lámpara.—Banco de Cartagena en Lorca, un bastón.—Don José Mínguez y señora, estuche con juego de tocador.—Doña María Moreno viuda de Fortes, estuche con escribanía.—María y Antonia Mure, estuche para otras.—Señorita Constanza Mac Cines, estuche para alfileres.—Consejer y ordenanzas del Banco de España, cartéra de despacho.—Doña Atana-

que sentí al verle tan cambiado, que casi me desmayé y hubiera caído al suelo á no cogerme entre sus brazos, murmurando al mismo tiempo con inusitada ternura:

— ¡Pobre hija mía!

— ¡Nunca me había llamado así!

— ¡Quiero ver á mi madre!—dijo.

— ¡Es imposible! Se está confesando. No nos queda más recurso que orar.

— ¡Atrodilléme, y de este modo transcurrió una media hora, hasta que se abrió una puerta y entró el confesor de mi madre.

— Señor duque—dijo con solemne expresión— la señora duquesa desea hablaros, y ha de ser pronto, porque cada minuto que pasa está más débil.

— ¡Quiero ver á mi madre!—exclamé.

— Mi padre se detuvo:

— ¡Id!—le ordenó el jesuita.— ¡Dios nos espera! Y vos, quedaos y rezad.

— El duque se inclinó y se fué.

— El confesor se quedó delante de la puerta y me miraba impassible.

— Esto duró dos horas y no se oía más que la voz acompasada del jesuita, que había abierto un libro y recitaba las preeces de los difuntos.

— Pasado este tiempo of un paso vacilante y pesado que se acercaba; el jesuita se separó de la

asistir á las fiestas, á las que no se oponía que yo fuese.

— De repente, y al mediar el sexto año, me llevaron apresuradamente al castillo.

— Mi madre se estaba muriendo y el duque enviaba por mí para que le cerrase los ojos.

puerta y entró mi padre, y me encuentro me lancé, pero me detuve aterrada.

— ¡Nunca podré olvidar la expresión de su fisonomía!

— ¡Evejección diez años en pocos minutos y su fisonomía revelaba algo feroz y sepulcra! Díjese que en su cara mármorea se petrificaron el horror y la ira más violenta.

— ¡Perdón!—dije sin saber por qué.

— ¡Desdichada!—contestó el duque.

— ¡Mi madre!— ¡Mi madre!

— ¡Murio ya!—añadió acompañando á sus palabras una risa de loca y extendiendo la mano como si quisiera maldecirme.

— ¡Cae desmiñada al suelo, y allí hubiera muerto como un perro, porque nadie se ocupó de mí.

— Era de noche cuando recibí el conocimiento, y lo primero que acudió á mi memoria fué el recuerdo de todo lo sucedido.

— ¿Qué misterio se ocultaba allí y por qué no me habían dejado ver á mi madre?

— Esto me importa poco y pensé que viva ó muerta mi sitio estaba á su lado.

— A tientas me dirigí á su habitación y un débil resplandor me guió.

— Abrió la puerta y vi encima del lecho un cuerpo rígido, cubierto con un sudario blanco, á su lado

que sentí al verle tan cambiado, que casi me desmayé y hubiera caído al suelo á no cogerme entre sus brazos, murmurando al mismo tiempo con inusitada ternura:

— ¡Pobre hija mía!

— ¡Nunca me había llamado así!

— ¡Quiero ver á mi madre!—dijo.

— ¡Es imposible! Se está confesando. No nos queda más recurso que orar.

— ¡Atrodilléme, y de este modo transcurrió una media hora, hasta que se abrió una puerta y entró el confesor de mi madre.

— Señor duque—dijo con solemne expresión— la señora duquesa desea hablaros, y ha de ser pronto, porque cada minuto que pasa está más débil.

— ¡Quiero ver á mi madre!—exclamé.

— Mi padre se detuvo:

— ¡Id!—le ordenó el jesuita.— ¡Dios nos espera! Y vos, quedaos y rezad.

— El duque se inclinó y se fué.

— El confesor se quedó delante de la puerta y me miraba impassible.

— Esto duró dos horas y no se oía más que la voz acompasada del jesuita, que había abierto un libro y recitaba las preeces de los difuntos.

— Pasado este tiempo of un paso vacilante y pesado que se acercaba; el jesuita se separó de la